

o perros marinos tan grandes como unos becerros y hay infinito número de peces varios y diferentes, que con cordeles casi en una hora el almiranta y dos soldados sacaron media barca de ellos, todos muy sanos y de buen gusto. Aquí había sardinas de más de a cuarta, que en Laredo no se cogen mejores. Aquí en la tierra firme dijo misa el padre fray Antonio el día de la transfiguración de nuestro redemptor Jesucristo y comulgaron algunos soldados y en acabando de celebrar la misa fueron algunos con el sargento Miguel de Legar a ver si hallaban agua o leña y enfrente de la isla, que dijimos, estaba más abajo adonde fue a surgir la capitana, hallaron una laguna llena de muy buena sal y cerca de allí hallaron unos pozos, hechos en la arena en que había agua dulce y algo salobre, y avisando de cuán lejos estaba y cuán dificultosa cosa sería el tomar allí agua, el almirante con los de su consejo, se determinaron a pasar adelante en busca de la isla de Cerros y de la capitana y así salió esta nao almiranta de aquella isla, habiendo el padre fray Antonio demarcando la tierra, en nueve de agosto.

*CAPÍTULO L. En que se trata de lo que le sucedió a la nao capitana y fragata, hasta hallar a la nao almiranta, en la isla de Cerros; y de lo que a la almiranta le sucedió desde que salió de la isla de la Asunción hasta encontrar con la capitana en la dicha isla*



A TOCAMOS EN EL CAPÍTULO PASADO cómo la capitana y fragata llegaron a reconocer la isla de la Asunción y que no habían parado allí, sino que pasaron adelante a la otra isla que había, de allí a dos leguas y cerca de ella surgieron el día de la Asunción de Nuestra Señora, en la tarde; y llamóse la isla de San Roque. El día siguiente el general mandó al alférez Alarcón, que con algunos soldados fuera a tierra a buscar agua; y con él fue el alférez Martín de Aguilar, galeote; y discurriendo por una parte y otra el alférez Aguilar topó con los pozos de el agua y con las salinas que los de la almiranta habían ya hallado; y allí hallaron rastro de cómo los de la almiranta habían estado allí, que fue a todos de sumo gusto y contento. De estos pozos tomaron agua y fue cosa digna de consideración lo que allí se veía en ellos; como estaban hechos en la arena, para que no se cegasen, pusiéronles unas medias pipas, para más a gusto tomar el agua que fuese manando; y sucedió que toda la que dentro de la pipa manaba era salobre, como la de la mar y la que se rezumía y trasmataba fuera de la pipa, era dulce y muy sabrosa; y de ésta tomaron agua para remediar su necesidad; y como la reventazón, que la mar hacía en la playa, era muy grande, sucedió que una vez, estando cargada la barca con botijas de agua y algunos soldados dentro y el alférez Alarcón con ellos, vino un grande tumbo de mar que la trastornó y por muy poco no cogió debajo a la gente, que sin falta se ahogaran todos. Tomaron mucha sal

y vinieron allí muchos indios, con los cuales quedaron los españoles muy amigos, por haberles dado algunas cosillas; y habiendo tomado agua, sal y leña y que habían hallado rastro de la almiranta, partieron de aquella isla en demanda de la de Cerros, por entender la hallarían allí. Prosiguiendo su viaje pasaron a vista de una sierra muy alta, en que batía la mar, que cosa de doce leguas de allí había, sin llegarse a ella. Aquí, para doblar una punta que esta sierra hacía, estuvo la almiranta más de ocho días, porque la fuerza de el viento norueste era tanta que no daba lugar a poder pasar de allí y así, barloventeando, llegaban cada vez a poder llegar con una piedra a la sierra y tierra firme. No hay en toda esta sierra una sola yerba y cosa verde, antes está toda ella como pintada y jaspeada de muchas y varias colores; unas vetas y cintas, también cada cual de su color, que se recreaba mucho la vista en mirarla y los más tenían el corazón en ella, no se sabe el porqué; sólo dijeron algunos soldados, de los que allí iban y un famoso minero de el Perú (que todos habían visto minas y estado y trabajado en ellas) que aquella sierra era toda de minas y que allí había grandísima riqueza de plata y oro; y si la costa no fuera tan brava, no dejara el almirante de enviar a verla; mas no se atrevió, por la fuerza de viento y por no dar por allí al través. Finalmente abonanzó un poco la mar y dobló la punta y fue a la sierra o isla de Cerros, entrando por entre la tierra firme y una isla pequeña, que se llamó de la Natividad de Nuestra Señora, y dio fondo junto a la isla de Cerros, a diez y nueve de agosto.

Como la capitana y fragata iban a vista de la sierra pintada que hemos dicho, no les fue estorbo lo que lo fue a la almiranta; y así llegaron a un buen puerto, que se llamó de San Bartolomé, que es tres leguas antes de llegar a la isla de Cerros. Y entrando en él envió el general a tierra al alférez Alarcón, con algunos soldados, a buscar agua y no la hallaron, porque aquella tierra es muy seca y estéril; sólo hallaron en la playa un betún, que por no tener buen olor nadie quiso tomar cosa de él; algunos han querido decir era ámbar y no sería maravilla serlo, porque allí había muchas ballenas y según dijeron es el ámbar; pudo ser que lo sea, y si lo es hay allí para cargar un navío.

Queriendo la almiranta reconocer este puerto se hizo noche y no se atrevió a entrar dentro y así pasó de largo. Como no se halló agua el general mandó que prosiguiesen su derrota y navegación; y así salieron de él el día propio que entraron que fue día de San Bartolomé apóstol, que fue a veinte y cuatro de agosto; salieron de noche y así no vieron la isla de la Natividad y pasaron delante; y cuando fue de día claro se hallaron junto a la isla de Cerros; y no entendiendo ser ella, sino tierra firme, la quisieron ir costeando; y fue Nuestro Señor servido que en más de nueve días no pudieron doblar una punta que la misma isla hace, que se llamó cabo de San Agustín. Fue tanto lo que les cansó el barloventear, que determinó el general arrimarse a la tierra con la capitana, donde le pareció había reparo de el viento norueste y surgir allí y que fuese la fragata y en ella el cosmógrafo Gerónimo Martín para que viese qué tierra era aquélla y la demarcase y tornase allí con la respuesta. Así surgió a la parte de el sur de la

dicha isla de Cerros sin saber que lo fuese, y fue el último día de el mes de agosto.

Ya dijimos poco ha cómo la nao almiranta había llegado a surgir junto a la isla de Cerros, a diez y nueve de agosto, teniendo por muy cierto lo era; el día siguiente por la mañana, día de San Bernardo, el almirante Toribio Gómez y el padre fray Antonio y el capitán Peguero, con algunos soldados, salieron de la nao y fueron a ver si en la isla hallaban agua y leña y andando mirando por todas partes toparon con una senda y camino angosto y en ella estampados pies descalzos de hombre; dieron en seguirla y por ella fueron a dar por una barranca arriba, en unas matas frescas de juncos muy verdes; y junto a ellas había muestras de haber pocos días que dejó de manar por allí agua; y siguiendo el sendero pasaron por medio de una quebrada barrancosa, por la cual iba la senda, y allí hallaron unos pozos de agua, algo salada, y que a necesidad se podía pasar con ella, aunque sería con riesgo de la salud; y subiendo por la quebrada arriba, siguiendo la senda seguida, llegaron a la cumbre de la isla y de allí se vio más claramente que lo era y con intento de saber dónde llegaba aquella senda se siguió hasta que llegó a la mar, muy cerca de la Punta de San Agustín, que dijimos no pudo doblar jamás la capitana; y como por allí, ni por otra parte alguna parecía, se determinaron a aguardarla y en el interin hacer pozos donde estaban los otros y de allí tomar algua y leña, como se hizo, aunque fue todo con tanto trabajo que más no podía ser, pues traían el agua media legua a cuestras, cargados con armas y botijas. Con ésto se remedió la necesidad y no faltó agua ni mucha abundancia de pescado, que con un chinchorro que llevaba la almiranta cada día se pescaba mucho más de el que la gente podía comer, ni aprovechar; de muchos géneros de pescados se cogieron, como fueron centollas, langostas, cazones, sargos, pargos, viejas, caballas, roncadores, bacallaos, guitarras, barberos, puercos, rayas y educhos. Aquí dijo misa el padre fray Antonio el día de San Agustín y otros cuatro días y confesó y comulgó casi la más de la gente que iba en la almiranta. Habiendo estado allí doce días, haciendo las cosas dichas y aguardando a la capitana, a el almirante le pareció, y a todos los que con él iban, que sería acertado dar una vuelta en rededor a la isla, en busca de la capitana; y así se puso por la obra y a treinta y uno de agosto comenzó a navegar, poniendo la proa al sur para comenzar por allí a bojearla; y no había navegado una legua cuando uno de los marineros dijo que le parecía ver a una vista, cerca de tierra de la isla, una nao surta; y mirando bien en ello vieron todos que era nao y que aún los marineros estaban tomando las velas, que en aquel punto acababan de echar anclas. Fue éste uno de los mayores gozos que todos en su vida habían recibido, por entender fuese la capitana, y a un mismo tiempo el padre fray Tomás de Aquino, que venía en la capitana, divisó la nao almiranta y dijo a voces: la almiranta; y con esta voz parece se les abrió a todos el corazón de contento. Fuese llegando la almiranta a la capitana y acabaron de reconocerse la una a la otra y cuando se vieron juntas hubo tan grande regocijo y alegría, en una y otra nao, que no se puede significar con palabras. Preguntando el

general en qué paraje se hallaban a los de la almiranta, respondió el almirante y el piloto que allí era la isla de Cerros y que había más de doce días que los estaban aguardando y que salían en busca suya; de lo cual quedaron admirados todos los de la capitana, porque siempre pensaron que aquella tierra era la tierra firme; y más se espantaron todos cuando consideraron la traza y modo cómo fue Dios servido de juntarlos y dejar llegar a verse. Dijo la capitana que traía necesidad de tomar agua y leña; y así se volvieron las dos, capitana y almiranta, adonde la almiranta había estado. Luego dio orden el general en que se hiciese en la tierra de la isla un toldo o tienda para que los religiosos dijera misa el tiempo que allí estuviesen; y yendo el general a ver los pozos donde la almiranta había tomado el agua, le pareció ser negocio trabajosísimo el traerla de allí; y así envió al alférez Juan Francisco y al sargento Miguel de Legar, con una docena de soldados, a que corriesen la isla y vieses si hallaban alguna fuente o arroyo con agua que estuviese más cerca de la marina que lo estaban los pozos. Ellos fueron; y habiendo andado por unas quebradas y otras el sargento Miguel de Legar vino a hallar en la misma marina, dos leguas de allí, un arroyo pequeño de agua que caía en la mar; y el agua era dulce y algo gruesa. Con esta nueva extraña se alegró mucho la gente de la armada; y así el general mandó que lo que había en tierra se recogiese a las naos, y que se fuesen las naos junto adonde estaba el agua que los soldados hallaron. Cerca de la playa surgieron las naos y a un lado de unas peñas, cerca del caño o arroyo del agua, se hizo iglesia para decir misa los tres religiosos.

En el interin que se tomaba agua y leña y la gente descansaba y lavaban su ropa, el general dio orden cómo fuera la fragata a bojear la isla y a ver una ensenada que había entre la tierra firme y la tierra que hacía espaldas al puerto de San Bartolomé y que fueran en ella el padre fray Antonio de la Ascensión y el cosmógrafo, y sin dilación se hizo como se ordenó y se halló que la isla de Cerros tendría de box treinta leguas y en ella vieron grandes pinares y cedros, en las coronas de los más altos cerros, y que había muchos indios; pero nunca pudieron traer a paz, ni hacerlos amigos, antes andaban acechando por los más altos cerros y amenazaban con arcos y flechas a los españoles, haciendo señas que se fuesen y les dejasen su tierra. De aquí fue la fragata a reconocer la ensenada que dijimos; y según pareció, entraba por allí un grande y ancho brazo de mar, que no se pudo ver de él el remate ni fin; porque iba la tierra adentro, a la parte de oriente, y de aquí fue a reconocer la isla pequeña, que llaman de la Natividad, entre la cual y la tierra firme había pasado la almiranta y es toda ella desierta y sólo hay biznagas.

Reconocidas y demarcadas las cosas dichas tornó la fragata donde la capitana y almiranta estaban aguardándola. En esta isla de Cerros celebraron los religiosos y gente de la armada la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora y hubo procesión, con la imagen, y misa cantada y sermón y comulgó casi toda la gente este día. Tomó la fragata la leña y agua que hubo menester y se dio orden cómo salir de allí toda la armada junta para pro-

seguir el viaje; y así salió de esta isla a 9 del mes de septiembre, en demanda de la isla de Cenizas.

CAPÍTULO LI. *En que se trata de lo que sucedió a esta armada desde que salió de la isla de Cerros hasta llegar a la bahía de San Simón y Judas*



UEGO COMO LA ARMADA SALIÓ de la isla de Cerros fue en demanda de la tierra firme, gobernando al norueste, y a 11 de septiembre llegó a reconocer la costa y llegándose a tierra vieron ser alegre, vistosa y llana y vieron una bahía que se llamó de San Hipólito y en ella surgieron las naos y el general mandó que de la almiranta fueran algunos soldados con el capitán Peguero y el alférez Alarcón, con otros soldados de la capitana, a tierra a ver qué había en ella y que echasen un lance, con el chinchorro de la almiranta, para traerse de vuelta algún pescado a las naos. Vieron ser la tierra muy apacible y fértil y alegre y que iba un camino ancho, abierto, que iba muy seguido y trillado de la tierra adentro y hallaron una grandísima cabaña, toda cubierta con hojas de palmas bravas, bien ancha, que cabrían en ella más de cincuenta personas y trajeron mucho pescado muy bueno y regalado, que dicen pexesreyes, como el pescado blanco de Mechoacan, ni más ni menos, y el sabor y olor era como de sardinas; y vueltos a las naos, con las nuevas dichas, mandó el general que luego se prosiguiese la navegación; y así, a las ocho de la noche, cerca de las nueve, se hicieron a la vela.

Cuatro leguas más adelante al norueste de la ensenada de San Hipólito está otra que se llamó de San Cosme y San Damián, que reconoció la nao almiranta, andando perdida en busca de la capitana (como adelante se dirá); la cual es muy buen reparo para el viento norueste, y cerca de la playa, en la tierra firme, hay una famosa laguna de agua dulce y la tierra era buena, fértil y llana. Ésta no la pudo ver la armada por ser de noche y muy obscuro cuando pasaron por allí las naos.

Prosiguiendo la armada, toda junta, su navegación, viéronse desde allí adelante, por toda la playa de la costa, muchas y muy grandes hogueras y grandes fuegos que los indios, por toda ella, tenían encendidos, que bien se deja entender habría rancherías de indios donde había aquellos fuegos; porque con el viento norueste hace siempre en toda aquella costa mucho frío y estos días corría tan sin tasa y con tanta violencia que no dejaba ir adelante a esta armada. A diez y seis llegó toda ella al pie de unas sierras altas, negras, tajadas a la mar y que en lo alto hacen unos llanos grandes, como mesas, que por llegar a ellas el día de San Cipriano, se llamaron mesas de San Cipriano. Junto a esta sierra, a la parte de sotavento, que es el sueste, había unas barrancas blancas y en ellas un grande número de indios; envió el general a la fragata a ver qué indios fuesen y qué tierra;